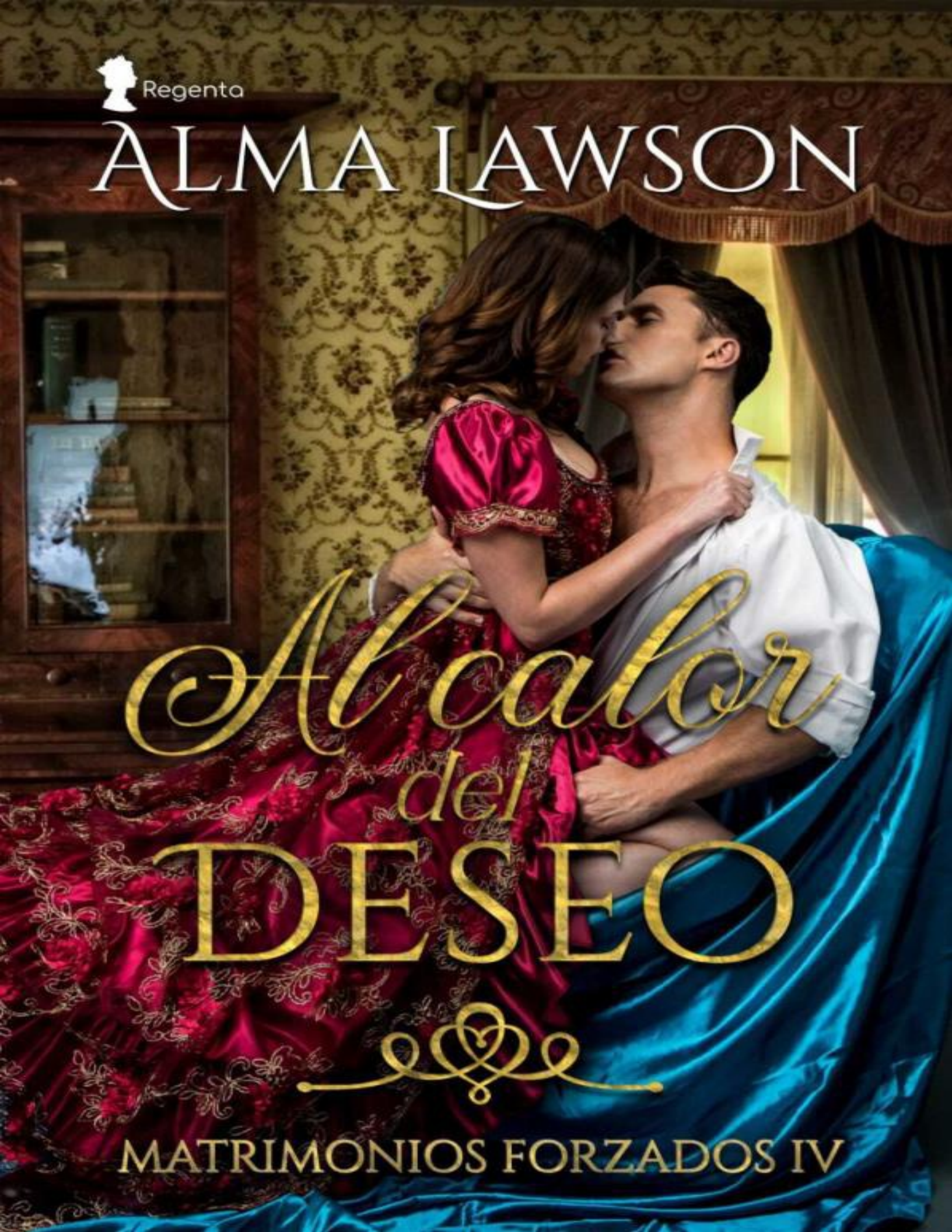

Regenta
ALMA LAWSON
Al calor del DESEO
MATRIMONIOS FORZADOS IV

Susan: Nació en 1818. En 1837 tenía 19 años
Henry Harvey en 1818 tenía 9 años. En 1837 tenía 28 años

Prólogo:
Susan 13 años - 1831
Henry 22 años - 1831.

el prologo inicia en Devonshire, cuando la familia del duque de Lancaster asisten para el cumpleaños numero 13 de Ronald Bradbury.
Susan sale a cabalgar y se encuentra con un joven herido y lo ayuda.

INTRODUCCIÓN

Devonshire, 1831

—No se separen, ¿me han oído? —inquirió con su voz autoritaria el temible, pero liberal duque de Lancaster a un grupo de cinco críos que montaban a los nuevos caballos que había traído desde Irlanda a pedido de su cuñado, Charles Bradbury, duque de Devon, como regalo de cumpleaños para su primogénito y heredero, Ronald Bradbury.

—¡Sí, señor! —respondieron al unísono sus dos hijos; Susan y Fin, su sobrino Ronald, Philipa, hija del marqués de Reading, una niña rubia que no dejaba en paz al agasajado, y el hijo mayor del conde de Rutland, Leonard.

Arthur odiaba que a cada rato lo llamaran excelencia, por lo que había decretado a ese par de niños que respondieran de aquella manera a todas sus preguntas.

—Bien, pueden marcharse —hizo un ademán con la mano para que los niños se marcharan a cabalgar.

—Cuando se trata de caballos, resultas demasiado permisivo… —habló Claire, su esposa, acercándose desde atrás con una niña tomada de sus manos.

Se trataba de Helena, la hija menor de los duques que tenía diez años, y que se mostraba reacia a montar un caballo. Era muy parecida a su madre en todo sentido.

—Ven aquí, cielo —Arthur se agachó y tomó a su hija en uno de sus brazos y rodeó el hombro de su esposa con el otro—. Solo se están divirtiendo antes de regresar a la aburrida vida de la ciudad —dijo divertido, besando la coronilla de la duquesa—. ¿Tú no quieres montar, mi bella princesa? —le preguntó a la preciosa niña de pelo casi rubio y ojos azules como los de su madre.

—No, padre. Prefiero aprender otras cosas y madre disfruta mucho enseñándome. Soy la única que tiene sus mismos intereses —la pequeña y culta Helena, miró a su madre y sonrió. De improviso, le dio un sonoro beso a su padre en la mejilla—. Quiero ser una verdadera dama, padre, para tener la misma suerte que madre y casarme con un hombre tan apuesto como usted.

Arthur largó una fuerte carcajada y negó con la cabeza. Todos sus hijos resultaron muy ocurrentes aunque cada uno tenía una personalidad distinta.

—Pues espero que corras con la misma suerte que tu madre… —Vio con sinuosidad a su esposa, que se ruborizó al instante—. Aunque estoy comenzando a pensar que serás la única de la familia que desee casarse…

—Lord Thomas seguramente pedirá la mano de mi hermana, padre. No hay de qué preocuparse… —respondió con un deje de resignación la pequeña niña, cuyo ánimo había cambiado al mencionar al hijo mayor de su mejor amigo, el conde de Essex.

Claire arqueó una ceja y observó con suspicacia a su esposo, que emitió un largo y hondo suspiro, pues sabía de la adoración que sentía su hija menor por el diablillo pelirrojo tan parecido a su madre americana en todos los sentidos.

—Susan ya tiene prometido, cariño. Por lo tanto, lord Thomas —dijo Arthur con un deje burlón y rodando los ojos— no será tu cuñado. Sin embargo, debes prometer que no le dirás nada a tu hermana, y que será un secreto entre tú, mamá y yo. ¿Estamos de acuerdo? —preguntó a su hija

más sensata, que meneó la cabeza afirmativamente con una sonrisa en el rostro.

—Sabes que se enfadará en cuanto lo sepa, padre. —Advirtió la pequeña, sintiendo pena por su hermana.

—Pues lo descubriremos en unos cuantos años —replicó Arthur, con una mueca de resignación. Bajó a la niña al suelo y esta lo obligó a ponerse de cuclillas para estar a su altura.

—Padre… —musitó de nuevo la pequeña Helena con una encantadora sonrisa—. Usted, ¿puede concretar un compromiso para mí? —preguntó de repente. Arthur y Claire de inmediato comprendieron el rumbo de sus intenciones—. Lo ha hecho para Susan, no le costará nada, ¿verdad? Además, es duque y uno de los hombres más ricos del reino. Estoy segura que nadie podrá negarse a sus deseos y por ende, a los de su hija más sensata. ¿Tengo razón? —insistió la pequeña con una hábil persuasión que claramente lo aprendió de su madre. Al no decir nada, la niña se dirigió a la duquesa con tono suplicante—. Madre…

—Cariño, papá hará lo que haga falta, pero sabes cómo es la tía Anabelle. Así que, no te hagas muchas ilusiones y además, eres muy joven. Con los años, aparecerán muchos caballeros interesantes.

—Pero yo… —los ojos de la niña brillaron de tristeza y Arthur no lo soportó.

—No te preocupes, cielo. Te prometo que te encontraré al candidato perfecto para ti —dijo el duque y la niña, con una sonrisa de esperanza, afirmó con la cabeza.

***

Susan espoleó su montura y junto con Fin, dejó atrás a sus demás compañeros. Ella era la mayor de todos y se llevaba de maravilla con Ronald, aunque no soportaba a la insufrible de Philipa. Sin embargo, su mejor amigo, cómplice y compañero incondicional de travesuras era Thomas, el hijo del conde de Essex con quien esperaba casarse si debería hacer tal cosa, para seguir viviendo a sus anchas y sin pasar por todas las tontas situaciones que conllevaba la preparación para ser presentada en sociedad.

Odiaba la idea de pasar por todo aquello y logró convencer a su padre de que contratara una institutriz y a un tutor para evitar que la mandaran al colegio de señoritas. Sin embargo, la última palabra la tenía su madre y aunque había logrado dilatar aquello por un año, estaba segura que la duquesa no se daría por vencida.

—¡Susan! —gritó su hermano que detuvo la marcha para unirse de nuevo a sus compañeros—. ¡Nos vemos aquí antes de la puesta de sol para regresar como padre lo pidió!

El joven heredero del duque de Lancaster sabía que su hermana no le haría caso a nadie, y que su padre se terminaría enfadando con él y no con ella. Además, adoraba a Susan y no soportaba los constantes enfrentamientos entre su madre y ella, y estaba seguro que la duquesa la castigaría.

Deseaba que todo fuera como hasta hace un año, antes de que su hermana cumpliera los doce años. Eran felices, la familia perfecta en todo sentido. Sin embargo, su hermana creció y era momento de prepararse para lo que, según las propias palabras de su abuela Margaret, era lo más importante en la vida de una dama: debutar en sociedad para conseguir un matrimonio conveniente.

De solo evocar todas las tonterías que enumeró su abuela, se le habían ido por completo las ganas de pensar siquiera en crecer y tener que cumplir con su deber de heredero. Por eso,

comprendía el agobio de su hermana que fue educada de la misma manera que él. Tener que someterse al yugo de un esposo, solo sería su ruina.

Susan giró su montura cuando escuchó a su hermano y agitó su brazo en señal de afirmación. Volvió a hincar sus talones en el caballo y se adentró en un sendero que la llevaba directo al bosque. De pronto, oyó varios disparos y su caballo comenzó a encabritarse y pararse en dos patas. Por suerte, Susan era una hábil jinete que logró controlar a la yegua baya que montaba y cuando se calmó, con sigilo siguió la dirección de donde provinieron los disparos.

Hizo un trayecto de aproximadamente media hora, llegando hasta un arroyo rodeado de piedras. Observó a su alrededor, pero no vio nada.

—Aquí no hay nada… —le musitó a su caballo, pues había cogido esa costumbre de su padre que siempre decía que los equinos eran los mejores en escuchar los problemas.

De pronto, Sonó un trueno y a continuación un relámpago rasgó el cielo. Susan levantó los ojos y observó unas nubes grises que opacaron de pronto el día soleado.

—Regresemos, Star —volvió a susurrarle a su montura que relinchó, dando vuelta para regresar por el mismo sendero. Sin embargo, cuando estaban a punto de marcharse, Susan escuchó hablar a alguien con mucha dificultad.

—Ayuda…

Volvió a girar su montura y observó cómo un hombre salía a rastras del arroyo. Entonces, de un salto bajó del caballo y corrió a socorrerle.

No le importó mojarse los botines, ni que el faldón de su vestido se ensuciara cuando entró al arroyo para ayudarlo a salir antes de que muriera asfixiado con el agua, pues estaba boca. Sintió miedo en cuanto vió la camisa blanca manchada de sangre, pero se esforzó en controlar la respiración. Lo volteó y tomó por debajo de los brazos para arrástralo hasta la orilla. El hombre gritó y comprendió que la herida debía de estar en uno de sus hombros. No tuvo más remedio que continuar hasta que su cabeza estuviera en una superficie seca, y después rodeó el cuerpo para ir hasta las piernas, y estirar el cuerpo desde esa parte de su anatomía. Cuando por fin estuvo completamente en una superficie seca, Gotas de lluvia golpearon las hojas y cayeron sobre ellos.

—¡Tenemos que ponerlo a salvo, Star! —le habló a la yegua que relinchó y se acercó hasta ella. Entonces Susan vio el lazo que siempre llevaba atada a la silla y sonrió—. Eres una buena chica, no lo habría pensado.

Star volvió a relinchar y Susana fue por el lazo, dejando anudada una punta a la silla y siguiendo hasta el hombre para atar a sus pies el otro extremo de la soga de cuero.

Era demasiado lejos para llevarlo a rastaras hasta la casa de sus tios, y muy pesado y grande para alzarlo al caballo.

—Lo llevaremos a la cabaña de caza y luego pediremos ayuda… —dijo a Star.

Cuando el caballo comenzó a moverse, el hombre gimió de dolor y Susan detuvo a Star. Corrió a revisarlo y comprobó que tenía una herida en el hombro derecho.

Sin pensarlo demasiado, se rasgó la falda del vestido e hizo una especie de venda. También rompió una de las mangas de su vestido, hizo una especie de bola de tela y lo colocó sobre la herida, vendando con el otro trozo de tela alrededor del hombro.

—Tienes suerte y debes aguantar un poco más —le dijo al hombre que mantenía los ojos cerrados—. ¡Camina, Star! —ordeno al caballo que comenzó a andar lentamente.

Sussan se había mantedino cerca del hombre para controlar el sandrago de la herida. Cuando por fin llegaron a la cabaña, estaba exausta. Con sus ultimas fuerzas, volvió a tirar lentamente de las largas piernas del hombre.

Ya dentro de la cabaña, la lluvia comenzó a caer con violencia y ni siquiera lo pensó cuando metió a Star junto con ellos dentro del recinto que no era muy grande, pero donde cabían los tres cómodamente.

De cuclillas al lado del cuerpo, Susan no pudo evitar a observar con mejor atención al caballero que había salvado. Se sintió obligada a dejar que sus ojos ascendieran por las botas, los largos y musculosos muslos, más arriba de las caderas y de la estrecha cintura hasta la enormidad de su pecho para llegar a su rostro. Era grande, delgado, de extremidades bien musculadas; tenía un cuerpo extraordinariamente poderoso. Tenía trece años y nunca había experimentado

De repente, advirtió que tenía la boca seca y que su estado de ánimo se alteraba.abajo.